

NOTAS NECROLOGICAS

Rentería sintióse conternada al conocer la noticia del fallecimiento de su virtuoso y anciano ex párroco

D. Francisco María Ayestarán Elósegui, acaecido, va ya para un año, el 28 de Agosto de 1945.



La personalidad del bondadoso sacerdote tenía un relieve excepcional en la villa, cuya parroquia había regentado—con celo y acierto insuperables—por espacio de 37 años.

Su paso por cargo tan importante dejó un recuerdo y una huella sencillamente imborrables, ya que de su iniciativa y bajo su dirección se llevaron a cabo en el templo renteriano de Santa María de la Asunción varias mejoras de indudable mérito.

Obra suya son, por ejemplo, los altares del Corazón de Jesús y de María; la escalinata de mármol del altar mayor; la Casa Cural y la importante reforma que se llevó a cabo en el órgano, que era antes de pedal y es eléctrico actualmente.

Durante su gestión parroquial, asimismo—decidido D. Francisco María a embellecer y mejorar su querido templo hasta donde las circunstancias se lo permitiesen—, fueron colocadas en los ventanales una preciosas vidrieras artísticas traídas expresamente de Munich.

La firma fabricante de las vidrieras, deseosa de que sus productos fuesen conocidos en España, concertó con el buen párroco un tipo de venta realmente ventajoso para Rentería: 12.000 pesetas. Las hermosas vidrieras valían, material y artísticamente, mucho más. El Padre Ayestarán, celoso conservador y administrador del acervo parroquial, había hecho un buen negocio.

Como sacerdote, el finado—verdadero pastor de almas—, que había visto la luz primera en Orendain, ejercía su apostolado con verdadero entusiasmo y ahinco religiosos. Su vida, ejemplo de virtudes, fué fecunda y santa. Su ejemplo realizó muchos milagros y su existencia ejemplar se apagó cuando, allá en lo recóndito de su alma, había llgado a vilumbrar la llama de la vida eterna.

* * *

Otro sacerdote—otro ejemplar ministro de Dios—entre nuestros muertos queridos.

D. Benito Urteaga Otegui, coadjutor de la parroquia de Rentería y Director de la Mutualidad Infantil Catequística, descanzó en el Señor el 27 de Octubre de 1945.

El finado era el cura de los pobres, de los humildes, de los enfermos y de los descarriados.

El pueblo de Rentería, que le tenía veneración, se afligió extraordinariamente con su muerte, y



demonstró su sentir llenando el templo parroquial el día de sus funerales.

En 1918, al organizarse la Mutualidad Catequística renteriana, se le atribuyó el cargo de director de la misma, que desempeñó en todo momento con actividad y entusiasmo poco corrientes.

Al morir, D. Benito venía desempeñando, igualmente celoso y activo, los siguientes cargos: Director del Apostolado de la Oración y de la Aloración Nocturna; presidente de la Corte de honor de Nuestra Señora del Pilar; capellán castrense y asesor religioso de las Organizaciones Juveniles de la villa.

Su modestia corría parejas con sus méritos; se escondía para hacer el bien y su vida era espejo de laboriosidad y sacrificio.

La villa, por el mucho bien que en ella hizo, le recordará durante años. Y las oraciones de quienes fueron sus feligrases será el mejor incienso para su alma inmortal, sentada, sin ningún género de duda, a la diestra del Señor.

* * *

D. Benito Múgica Egurmendi, nuestro entrañable convecino, entregó su alma a Dios el 3 de Noviembre del año pasado.

El finado, que tenía 57 años, había nacido en San Sebastián, fijando entre nosotros su residencia y sus actividades mercantiles hacía ya muchos años.

De su paso por el Concejo renteriano—fué tiempo atrás gestor municipal—dejó un grato sabor de boca, por su hombría de bien, su amor a Rentería y su incansable laboriosidad.

El señor Múgica, lector y anunciante asiduo de nuestra Revista, contaba con nuestro leal afecto, que ahora ha heredado su hijo D. Ramón, el cual, fiel a la memoria paterna, sigue favoreciéndonos con su ayuda y honrando nuestras páginas, además, con lozanos frutos de su ingenio.

* * *

También a edad avanzada—78 años—, partió para el viaje eterno, el 15 de Noviembre último, D. Leocadio Olascoaga Marticorena, que fué guardia municipal de la villa durante largos años.

Retirado hace tiempo de su cargo, se le recordaba con afectuoso respeto por el celo ejemplar puesto al servicio de su función pública y que tantas veces elogiaron sus jefes dentro del Cuerpo.

D. Leocadio era en Rentería—donde había nacido—una figura eminentemente popular y simpática. Y su desaparición dió lugar a reiteradas y bien ostensibles pruebas de afecto.

